



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Utopismo y juventud

Autor: Biagini, Hugo E.

Forma sugerida de citar: Biagini, H. E. (1997). Utopismo y juventud. *Cuadernos Americanos*, 3(63), 46-59.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XI, núm. 63, (mayo-junio de 1997).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

UTOPISMO Y JUVENTUD

Por Hugo E. BIAGINI
FILÓSOFO ARGENTINO

Según un discurso político abiertamente represor, los idealismos, los sueños, las utopías o las simples propuestas de cambio, constituyen manifestaciones de una conducta que viene a alterar un orden, considerado a priori como inalterable. Miles de jóvenes fueron expulsados de las universidades latinoamericanas por haber intentado el camino de la utopía. Miles fueron asesinados por haber intentado ser congruentes con sus ideales.

Arturo Andrés Roig

Elogio a la utopía

LAS PERSPECTIVAS DEL PENSAMIENTO UTÓPICO para captar la realidad y guiar el comportamiento humano han sido puestas frontalmente en duda desde posiciones muy disímiles. Ortodoxias espiritualistas y positivistas, dogmáticas tendencias liberales, marxianas y posmodernas han esgrimido un sinfín de argumentos para denostar esa *forma mentis* con mayor o menor energía. Sacrificando matices, procuraré condensar las objeciones principales.

Por un lado, se hace hincapié en el ingenuo vacío y en el absurdo que encierran las utopías, junto a la imposibilidad absoluta de su materialización. Simultáneamente, dichas manifestaciones suelen ser asociadas con actitudes escapistas o con personalidades enfermizas de carácter esquizoide. Por otra parte, se le imputa a la utopía un trasfondo irracional y autoritario, su propensión a manejar a la gente mediante esquemas colectivistas de variadas orientaciones.

En definitiva, para tales versiones se apela a leyendas como la Edad de Oro, el Paraíso Terrenal y a otras nociones igualmente míticas como las de Revolución o Progreso para encender los anhelos de una sociedad transparente, de una Nación regenerada, donde

reina la abundancia y el bienestar, en medio de un eterno presente y sin apremios angustiantes. Este discurso utopista implicaría acabar con la libertad y la individualidad, o sea, sumergirse en un destino de pesadilla. Para los tradicionalistas, se halla también en juego el desafío a Dios, con secuelas catastróficas equivalentes a las que trajo consigo la Torre de Babel. Las antiutopías tampoco dejan de sugerir un horizonte menos sombrío ni fatal, según se refleja, *v. gr.*, en el terreno literario con *Un mundo feliz, 1984* o *Fahrenheit 451*.

Además, la cultura dominante y las corrientes en boga, fluctuando entre el neoeurocentrismo y la posmodernidad, si no llegan a proclamar la desaparición de la utopía, prefieren eludir todo planteamiento orientado en esa sospechosa dirección. La crisis de las utopías se verifica no sólo en los países desarrollados sino también, muy sintomáticamente, en aquellas economías donde han sufrido un gran aumento las condiciones deficitarias de vida.

Ya al comenzar los ochenta, Bernard Williams registraba con fina ironía la depreciación experimentada por la modalidad aludida:

Está ahora de moda una simple interpretación ideológica... que afirma que el intento mismo... por crear un nuevo tipo de sociedad, más justo, más racional y más humano, conduce por sus propios procesos e impulsos, y entre ellos sobre todo la planificación, a su opuesto exacto: un orden más represivo, más arbitrario, más estandarizado e inhumano.¹

Recientemente, el embate se ha dirigido contra nuestra América Latina como una de las principales fuentes de sueños, utopías y propuestas alternativas. No sin ciertos resabios tecnocráticos, el chileno José Joaquín Brunner desestima que la verdadera racionalidad pueda existir fuera de Occidente y del espíritu capitalista. Suponer lo contrario sería adoptar un pensamiento mágico propio de los intelectuales que cultivan un esteticismo macondista. Dichos intelectuales se resisten a ver que la contradictoria cultura latinoamericana sólo adquiere sentido dentro del orbe occidental y que ella se está incorporando plenamente a la modernidad merced a procedimientos extraideológicos como la industria y los medios de comunicación electrónica, vehículos para una integración crítica de las masas.

Para calibrar acertadamente un caudal tan intrincado como el que arrastra la tradición utópica, deben evitarse las aproximaciones reduccionistas. Nos hallamos ante uno de los casos ejemplares

¹ Bernard Williams, *Hacia el año 2000*, Barcelona, Crítica, 1984, p. 21.

donde conviene aplicar al pie de la letra esa normativa básica que impera en el terreno de las definiciones: ni demasiada amplitud ni una excesiva estrechez.

Distintos autores han intentado establecer una suerte de tipología para el análisis del proyecto utópico. Bronislaw Baczkó se refiere a cinco enfoques heterogéneos: como género literario, las utopías noveladas; en tanto pensamiento utópico *stricto sensu*; las prácticas llevadas a cabo por diversas comunidades; los materiales simbólicos implícitos en las utopías; las utopías en su máximo momento de esplendor. Otros expositores han optado por aludir a las distopías o contrautopías, a las eutopías o utopías positivas y, en tercer término, a las mixtopías, *i.e.* el modelo junto con su efectivización, una combinatoria entre lo académico y lo popular, la totalidad y el fragmento. Obviando la utopía como género narrativo, como ámbito ilusorio, Arturo Andrés Roig y Estela Fernández perciben en el lenguaje cuatro funciones utópicas: de regulación crítica frente a lo real para generar nuevas identidades; de liberación del determinismo legal, como capacidad para transformar lo dado; de anticipación del futuro, como ruptura de la ciclicidad; de constitución de discursos contrahegemónicos. Asimismo, el propio Roig ha señalado una utopía para sí —sublevación de Túpac Amaru— y una utopía para otro —el conquistador europeo de América.

La dimensión de lo utópico es de tal magnitud que aparece inclusive en el discurso ideológico-clasista. Según ha mostrado Fredric Jameson (1989), en todo discurso subyace una inclinación que, trascendiendo lo existente, apunta hacia el interés general. Las formaciones utópicas no pueden entenderse sin relacionarlas con las formaciones antiutópicas. Tampoco cabe sostener una oposición tal entre ciencia y utopía que termine negando a esta última toda validez científica. Se trata de dos niveles de verdad dentro de un mismo vínculo dialéctico. Lo utópico no representa lo inaccesible, por fuera del tiempo y del espacio, sino lo que parte precisamente de la historia. La topía no se halla incontaminada de utopía.

Junto con algunas distinciones entre visión, impulso, imaginación y mecanismo utópicos, el mismo Jameson, con posterioridad (1996), no vacila en tomar claro partido por nuestro tema central:

Nada es hoy políticamente más importante que la cuestión de la utopía... No sé si un resurgimiento de las capacidades utópicas sería saludado como una causa o un síntoma de cambio cultural; pero confío en que, si comenzaran a

surgir nuevas utopías, nuestra capacidad para la acción colectiva y la praxis también parecerá haber comenzado a despertar otra vez.²

En este contexto importa advertir en la utopía, más allá de su multivocidad y de sus imbricaciones fácticas, un núcleo fundamental que permita extraer oportunas derivaciones.

Puede trazarse una doble vertiente dentro de quienes reivindican el valor de la utopía. Por una parte, están quienes se rehúsan a conectar la impronta utópica con el posibilismo y el gradualismo. Para autores como Fred Polak, aquélla debe ser identificada con un cambio de estructura, con un radicalismo mental o intelectual que suponga llegar hasta las últimas consecuencias. Se trata también de un idealismo social que se resiste a aceptar la miseria y los sufrimientos actuales como algo inevitable. Además de atribuírsele al pensamiento utópico una capacidad de renovación permanente, un talante siempre joven, se lo considera como el hacedor espiritual de todo socialismo y de toda ética.

Fernando Ainsa y otros expertos en la materia le han asignado a la utopía unos márgenes más dilatados. Según el pensador uruguayo, la inquietud utópica, lejos de constituir una expresión evasiva, trasunta generalmente un hondo compromiso reflexivo ante la realidad circundante y ha dado lugar a muchos adelantos sociales que en algún momento pudieron parecer meras ensoñaciones: igualdad de los sexos, ocio constructivo, energías no contaminantes, planificación urbana. Asimismo las utopías, por su misma lógica interna, pueden equipararse al principismo y al programatismo que conlleva toda vanguardia.

Mientras que por un lado se le confiere a la utopía el papel de profeta de la alteridad absoluta y la comunidad perfecta, por otro, se la constriñe a anunciar ideales menos remotos que sirvan para reducir conflictos y desigualdades, creando condiciones para la reforma social. Pese a esas innegables diferencias, sea que sólo tomemos a la utopía bajo el miraje revolucionario, sea que veamos en ella el correlato de la rebelión, los prolongados fracasos que siembran el camino hacia un orden de cosas más justo y equitativo no llegan a disipar las inconmensurables concreciones que han inspirado el pensamiento y la práctica utópicas.

Frente al auge de la *Realpolitik*, la apelación utópica permite afirmar ciertas metas que resultan sostenibles y respetables más

² Fredric Jameson, 1996, pp. 23, 29.

allá de la coyuntura. A pretensiones como la neoconservadora —de acabar con la utopía o erigirse en su única expresión verdadera—, se les contrapone hoy una prédica pluralista que excede lo estrictamente partidario en la contienda social y en los espacios de poder para dar cabida a formas de autogestión, a acotadas experiencias libertarias y a diversos socialismos posibles.

En síntesis, la mejor variante para acceder al plexo mismo de la utopía consiste en tomar por el atajo metafórico y decir de ella, junto con Joan Manuel Serrat, que representa esa “cabalgadura / que nos vuelve gigantes en miniatura”.

Caracterología

SI los jóvenes pueden ser apreciados como principales portadores de la utopía, interesa detenerse en ciertas caracterizaciones que han insistido en brindar ese rasgo como pertinente. Sin recurrir a la uniformidad biológica se soslayarán aquí los significativos planteos que priorizan las pautas diferenciales y remarcan el marco distintivo dentro del vasto conglomerado juvenil según los periodos históricos, las diversas culturas, los estratos sociales, los desarrollos nacionales o las divisiones cronológicas que restringen la idea de juventud al simple paso de una edad a otra.

Cuando me refiero a la estrecha afinidad entre el utopismo y la juventud estoy presuponiendo una serie de atributos que suelen vincularse con dicha etapa existencial. Más allá de que los jóvenes puedan coincidir con sus mayores en distintas alternativas y circunstancias, más allá de los aspectos ambiguos que se reflejan en su *modus vivendi*, mas allá de la casuística mundial ocasionalmente adversa, cabe resaltar una idiosincrasia que exhibe ciertas diferencias generacionales. En ese perfil relativamente singular figuran componentes como el inconformismo, la creatividad, el desprendimiento, la preferencia por la acción, el jugarse con osadía, etc. Las cualidades mencionadas, además de haber facilitado la acuñación de frases como “de joven incendiario y de adulto bombero”, han hecho que la juventud haya sido glorificada por su monto de heroicidad y al mismo tiempo se la haya detractado por considerarla fuente de anarquía y perturbación.

De todas maneras, la preocupación específica por el joven no viene de antigua data. Si bien el adolescente empieza a cobrar un significativo relieve en la novelística decimonónica, y por ese entonces fueron muchos jóvenes quienes impulsaron las sociedades

secretas y los movimientos revolucionarios en Europa y América, será recién con la presente centuria que se hablará del siglo de la juventud. Se trata de un proceso que corre paralelo a la desmitificación de esa inveterada mirada histórica, cosificante y deshumanizadora, que sólo tenía en cuenta como par o como prójimo al adulto occidental, produciéndose con ello enormes exclusiones basadas en el género (mujer, homosexual), el biopsiquismo (loco, retrasado), la religión (infiel, hereje), la educación (analfabeto), la economía (pobre, trabajador manual), las etnias (no blanco), la política (opositor), la población (mayorías-minorías, nativo-extranjero), la edad (niño, adolescente, joven, anciano).

En la década de 1890 se realizan las primeras investigaciones en torno al efebo y a la adolescencia efectuándose, *v. gr.*, un estudio sobre doscientas biografías de distintas celebridades —Savonarola, Jefferson, Shelley, Tolstoi, Rousseau, Andersen, Keats, Wagner *et alii*— para inferir de ese material las inclinaciones preponderantes que evidenciaron durante su mocedad. Entre esas tendencias primordiales se detectó el deseo de reformar la sociedad como la más reiterada. El estadounidense Granville Stanley Hall, uno de los precursores de la psicología de la tercera edad, figura también como pionero de la hebología.

Durante dicha época, en esta parte del continente, el modernismo exaltaba la figura del joven, tesoro divino y humano a la vez, en contraposición a la cultura prosaica del buen burgués. En el gravitante arielismo de Rodó, que retoma ciertos acentos renanianos, la juventud, objeto de verdadera devoción, aparecía como un eslabón entre la utopía y lo real, como agente movilizador por excelencia de las masas. Dicha mística juvenil impregna las primeras generaciones reformistas de nuestra América hasta prolongarse sensiblemente en el tiempo.

Así, Carlos Alberto Erro, en los años treinta, llegaría a considerar al descontento juvenil “un fenómeno tan innegable y universal como la atracción entre los cuerpos y la divisibilidad de la materia”.³ Para este autor, se trata de una embestida sin defeciones de la juventud contra los sistemas y valores vigentes, motorizada por una “orientación innata del espíritu hacia un mundo de valores sobrenaturales”.⁴ Además de haber sostenido “la mayoría de las empresas positivas verdaderamente audaces y grandes”, los jóvenes se

³ Carlos Alberto Erro, *Tiempo lacerado*, Buenos Aires, Sur, 1936, p. 223.

⁴ *Ibid.*, p. 228.

encuentran a veces ante situaciones “en que todo parece hacedero y próximo, en que la tierra se torna maleable”.⁵

Una de esas encrucijadas de máxima plasticidad mencionadas por Erro se iba a producir ulteriormente, tres décadas más tarde, durante aquello que se dio en llamar la generación de la protesta, con el retroceso capitalista, cuando el crónico sueño de una humanidad unida estuvo a punto de culminar. Durante ese interregno de ebullición utópica florece la comunidad de los jóvenes. Más que a un desafío o a un huracán juvenil se creyó asistir a una genuina Revolución Generacional que, a diferencia de todos los otros grandes cambios precedentes, poseía dimensiones multinacionales.

Aún antes de verificarse los mayores picos de efervescencia juvenil, se aseguraba que nunca hubo una ruptura generacional, entre jóvenes y viejos, como la que estaba teniendo lugar desde la posguerra de 1945. La juventud emergía como fuerza social histórica, como una nueva clase constituida, en modo similar a lo que se había experimentado con el movimiento femenino durante la Primera Guerra mundial. Dicho grado de independencia y el logro de una ideología propia, junto a la obtención de derechos específicos y a la plasmación de organizaciones representativas, no fueron siempre vistos como algo azaroso e improvisado sino que se los juzgó como el fruto de una larga gestación histórica.

Con el correr del tiempo, diversos episodios aportarían otros signos afirmativos, por ejemplo, cuando la Organización de las Naciones Unidas declara a 1985 como el Año Internacional de la Juventud. Poco después (1988), se celebra en Guatemala una Conferencia Latinoamericana sobre Juventud y Derechos Humanos, donde se denunció la violación de derechos que sufrían los jóvenes en estas latitudes, reclamándose para ellos, entre muchos otros asuntos, la facultad de asociarse libremente y poder vivir en su propio país sin ser exiliado. En esa misma época, una indagatoria efectuada en el Paraguay a jóvenes de distinta extracción social arroja escasos índices de actitudes ligadas al individualismo, al autoritarismo y al conformismo.

Sin embargo, más allá de que en nuestros días pueda subsistir una contradicción mayor o menor entre adultos y jóvenes, estos últimos, en comparación con sus comprometidos congéneres del resto de la centuria, parecen sumidos en una pasividad absoluta, como si hubieran perdido su fe en la política y hasta en el mismo interés general. Según lo testimonian algunas letras de moda:

⁵ *Ibid.*, p. 225.

Yo no quiero cambiar el mundo.
 No pretendo una Nueva Inglaterra.
 Yo sólo busco otra chica distinta.

De tal manera, cabe deducir que esta generación posmodernista, como la denomina Agnes Heller desde otra estimativa, ha venido incluso a desmentir uno de los caracteres consustanciales de la juventud: su potencial proclividad hacia la insurgencia. Con todo, no deben pasarse por alto los diversos problemas que pueden haber incidido en la configuración de ese supuesto temple desmovilizador. Además de los efectos disgregadores de la represión y del afán competitivo implantado por neoliberalismo, se encuentran las secuelas que deja el desempleo masivo, la proletarización de las profesiones, la crisis de la familia y la educación, la drogadependencia, la delincuencia y la prostitución, las migraciones, etcétera.

Como quiera que sea, no parece muy viable la idea de una juventud ajena a esos grandes movimientos sociales que, imbuidos por valiosos propósitos y sentimientos utópicos, aspiran a modificar las relaciones humanas para construir una sociedad de personas. En semejante tarea los estudiantes podrán escribir un capítulo acuciador.

El estudiantado

LA imagen clásica sobre el estudiante tiende a resaltar su inmadurez, su desenfado y su arbitrariedad. Una imagen que puede hallarse reflejada por ejemplo en obras como *La verdad sospechosa* de Pedro de Alarcón, quien, al referirse a los escolares salmantinos, empleaba los siguientes versos:

Sigue cada cual su gusto;
 hacen donaire del vicio,
 gala de la travesura,
 grandeza de la locura...
 Aquel hablar arrojado,
 mentir sin recato y modo,
 aquel jactarse de todo
 y hacerse en todo extremado.

Es también el retrato de una figura picaresca que vive frívolamente, como goliardo de la *belle époque* entregado al hedonismo y a los cultos dionisiacos, según lo han transmitido varias coplas parisinas de este tenor:

Los señores estudiantes
se van a la Chaumière
para bailar allí el can can
y la Robert Macaire.

Siempre, siempre, siempre
triunfan los amores
y yup, y yup, y yup.

No obstante, también ha circulado la estampa del estudiante como contrapartida del militarismo. Entre los múltiples testimonios, valga el comentario que efectuó Pío Baroja cuando, mientras estudiaba medicina, se le intimó a presentarse al servicio castrense so pena de ser declarado prófugo: "Yo siempre he tenido un asco profundo por el cuartel, por el rancho y por los oficiales".⁶

Esa última acepción se irá desenvolviendo durante el siglo xx. Un importante expositor de dicha postura, Walter Benjamin, adhiriendo al ala radical del Movimiento de la Juventud, defendió una cultura juvenil autónoma y el derecho a la palabra de los estudiantes en las universidades. Al estallar la Primera Guerra mundial, Benjamin se define como pacifista y antinacionalista. En ese ínterin tendrá una activa participación en el debate universitario, llegando a presidir la Comunidad Estudiantil Berlinesa. El joven filósofo alemán pronuncia entonces una conferencia donde sostuvo que la característica fundamental del estudiante reside en "la voluntad contestataria", en "someterse sólo a los principios" y en "autoconocerse sólo a través de las ideas".⁷

Karl Mannheim, otro destacado intelectual coetáneo, confesaría, en su libro *Diagnóstico de nuestro tiempo* (1943), que por aquellos mismos años era bastante común la creencia en el progresismo congénito de la juventud, aunque con el advenimiento del nazifascismo se demostró la naturaleza falaz de la convicción, pues mediante los movimientos juveniles podían también canalizarse las corrientes más reaccionarias.

Pese a esas voces de alerta, continuaría prevaleciendo una visión optimista sobre el porte estudiantil, tal como aparece en otros textos publicados durante la Segunda Guerra. Así lo registra un trabajo de quien fuera rector en Asunción:

⁶ Pío Baroja, *Juventud, egolatría*, Buenos Aires, Losada, 1949, p. 101.

⁷ Walter Benjamin, *La metafísica de la juventud*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 118.

Lo que se denomina "juventud" en el lenguaje universitario no coincide necesariamente con el concepto de edad, o sea de una época de la existencia física. Responde más bien a un período de la vida en que todas las cualidades anímicas están en pleno florecimiento. El entusiasmo, la curiosidad intelectual, la voluntad, los sentimientos desinteresados, se despliegan con gran energía en ese período y forman la base de una definitiva afirmación de la personalidad.⁸

En cuanto al significado puntual de los movimientos y las oleadas estudiantiles en el mundo, sobresalen algunos estudios como los que emprendieron Lewis Feuer y Orlando Albornoz al finalizar los sesenta. El primero de ellos, con polémica taxonomía, ha subrayado la relevancia histórica del conflicto intergeneracional, al punto de elevarlo a una Ley Universal. A diferencia de la lucha de clases, la contienda entre las generaciones, que deriva de profundas causas inconscientes, posee un valor constante. Cada generación, tomada en un sentido político-cultural, nuclea a quienes tienen experiencias comunes, las mismas esperanzas y desilusiones. Los movimientos estudiantiles encarnan por antonomasia dicha conflictividad —filiarquía *versus* gerontocracia—, ostentando el más generoso altruismo junto a una elevada conciencia y a una solidaridad generacional. Emergiendo por doquier como el último foro libre de la humanidad, aquéllos han salido a sostener gobiernos constitucionales o han promovido revoluciones sociales y derrocamientos de dictaduras. Movido por el impulso contra el orden establecido, todo movimiento universitario, que comienza como círculo de estudios antes de pasar a la acción, busca mantener una permanente actualización doctrinaria, produciéndose una curiosa convergencia de la bibliografía a la cual recurre el alumnado de todas partes.

Feuer intenta convalidar su esquema interpretativo para todos los casos que él examina en un millar de páginas. Partiendo desde los inicios del siglo XIX, abarca universidades grandes y pequeñas, activistas de diversas disciplinas, países industrializados, tradicionales y en vías de desarrollo, regímenes capitalistas, socialistas y tercermundistas. Tanto sus premisas subyacentes como sus expresas conclusiones distan de rescatar el fenómeno investigado. Para Feuer, los movimientos estudiantiles están regidos por ingredientes destructivos y violentos de orden patológico, por un nihilismo que conduce a la inmolación. Su ideología alienada se infiltra en

⁸ Justo Prieto, *Sentido social de la cultura universitaria*, Buenos Aires, Plantíe, 1942, p. 343.

todas las actividades universitarias para politizarlas. El anticolonialismo y la misma búsqueda de alianzas con los sectores desvalidos (campesinos, obreros, étnicos o extranjeros) trasunta una identificación populista para exculparse por el parricidio simbólico mediante el reconocimiento de los oprimidos. Como sucedió antes con el proletariado, la generación juvenil se convierte en la medida de todo —‘no se puede confiar en nadie que tenga más de 30 años’—, era lema en Berkeley según Feuer. Si bien los estudiantes universitarios repudian correctamente a los dirigentes, no han podido desembarazarse de sus orígenes burgueses o aristocráticos, mientras que los trabajadores reniegan de la tesis sobre el privilegio generacional.

El rebuscado enfoque psicologista de Feuer insinúa su trasfondo prejuicioso cuando se ocupa, *v. gr.*, del movimiento latinoamericano, al cual descalifica por atribuirle tanto una tónica antiintelectualista, un facilismo pedagógico y el predominio de una burocracia sindical, como actitudes adversas hacia la democracia y los Estados Unidos, que ofician de padre subrogado. El cogobierno ha servido en América Latina para desahogar el resentimiento generacional contra los profesores y los exámenes, siendo alentado por los malos estudiantes para mantener la mediocridad y el bajo nivel académico. La autonomía ha significado allí ambición de poder y negación de la libertad universitaria, las prebendas de una élite intelectual y su inmunidad frente a la ley, el reducto para organizar la guerra de guerrillas.

Sin caer en tales condenas y tergiversaciones, Albornoz no deja de juzgar al activismo estudiantil como subcultura peculiar, dotada de similares patrones de conducta que pueden sistematizarse hasta formular una teoría de ese movimiento, entre cuyas características singulares figuran: no poseer armas ni fondos institucionales, carecer de ideología propia y de militancia estable, contar con ocio y tiempo libre ante el aparato productivo, exhibir una gran concentración topográfica, realizar una fuerte actividad crítica, tener un *status* marginal y transicional. El balance para Latinoamérica difiere sustancialmente del encuadre anterior. Para el sociólogo venezolano, durante medio siglo, entre 1920 y 1970, el sector estudiantil es el que más ha propalado, en sus inicios, los ideales de la democracia occidental y, después, la instalación del socialismo como vía alterna ante el fracaso capitalista. El estudiantado y sus organizaciones, además de ser el grupo ostensible de la oposición política, representa una élite nacional frente a las filiações internacionales que sustentan el clero y los militares. Pese a tener un papel limitado en las transformaciones básicas del país y aun dentro mismo

de la universidad, cumple el **papel** funcional de mantener encendida la protesta social en sus diversas manifestaciones ideológicas. Si bien no pasa de constituir una mera ficción la invencibilidad y la esencia eidética del movimiento estudiantil, su compromiso generacional puede en cambio tomarse como un elemento perdurable, en el estilo de "lo que es bueno para nuestros padres no lo es para nosotros". Ante la corrupción que evidencian las instituciones más encumbradas, se alza la repulsa moral del estudiantado latinoamericano, cuyo atractivo por una figura como la del Che Guevara, en tanto revolucionario puro e incólume, se torna hartamente comprensible.

Hoy en día, quienes aún conservan cierto asombro juvenil pueden sorprenderse al escuchar cómo diversos funcionarios del poder, que pertenecían a una extracción contestataria, sostienen que la universidad del futuro debe responder a un proyecto desprovisto de utopía. A estos últimos sólo les falta congratularse porque, gracias a su complicidad con una política salvajemente civilizadora, se han ido eclipsando esas canciones de Benedetti que cantaban a voz en cuello cuando aún no habían sido seducidos por la tecnocracia:

Los tiempos están cambiando
están cambiando qué bueno
siempre el mundo será ancho
pero ya no será ajeno.

BIBLIOGRAFÍA

- Ainsa, Fernando, "Las utopías han muerto, viva la utopía!", *El Correo de la UNESCO* (febrero de 1991), pp. 13-15.
- _____, *Necesidad de la utopía*, Montevideo, Nordan, 1990.
- _____, "La marcha sin fin de las utopías en América Latina", *La Marea*, 5 (marzo de 1996), pp. 10-12.
- Alborno, Orlando, *Estudiantes y desarrollo político*, Caracas, Monte Ávila, 1968.
- _____, *Ideología y política en la universidad latinoamericana*, Caracas, Instituto Societas, 1972.
- Ayala, M. T. y M. Schwartzman, *El joven dividido*, Asunción, CIDSEP, 1987.
- Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.

- Baroja, Pío, *Juventud, egolatría*, Buenos Aires, Losada, 1949.
- Benedetti, Mario, *Canciones del más acá*, Buenos Aires, Seix Barral, 1993.
- Benjamin, Walter, *La metafísica de la juventud*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Biagini, Hugo, *Fines de siglo, fin de milenio*, Buenos Aires, UNESCO-Alianza, 1996.
- , “Flujo y reflujo de los ideales estudiantiles”, III Congreso Internacional de Filosofía Latinoamericana, Costa Rica, julio de 1996.
- , “El paradigma de la Reforma Universitaria en Latinoamérica”, II Jornadas Internacionales Interdisciplinarias, Río Cuarto, noviembre de 1996.
- Brunner, José Joaquín, “Tradicionalismo y modernidad en la cultura latinoamericana”, en José Luis Reyna, comp., *América Latina a fines de siglo*, México, FCE, 1995.
- Bruno, Angel, *Juventud: sociedad, gobierno y participación*, Buenos Aires, Marymar, 1996.
- Concha, Jaime, “El Ariel de Rodó o juventud, ‘humano tesoro’”, *Mapocho*, 30 (1991), pp. 33-46.
- “Conferencia Latinoamericana sobre la Juventud y los Derechos Humanos”, Guatemala, agosto de 1989.
- Dolto, Françoise, *La causa de los adolescentes*, Buenos Aires, Seix Barral, 1996.
- Erro, Carlos Alberto, *Tiempo lacerado*, Buenos Aires, Sur, 1936.
- Fernández, Estela, *Luces y sombras de la ilustración hispanoamericana*, tesis doctoral, Mendoza, Universidad de Cuyo, 1996, 2 vols.
- Feuer, Lewis, *El cuestionamiento estudiantil del establishment*, Buenos Aires, Paidós, 1969.
- , *Los movimientos estudiantiles*, Buenos Aires, Paidós, 1969.
- Fortunati, V., O. Steimberg y L. Volta, comps., *Utopías*, Buenos Aires, Corregidor, 1994.
- García Mercadal, J., *Estudiantes, sopistas y pícaros*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1954.
- González Matas, E., *Utopías sociales contemporáneas*, Málaga, Algazara, 1994.
- Gorini, Ulises, comp., *Tópicos utópicos*, Buenos Aires, IMFC, 1994.
- Grompone, Antonio, *Universidad oficial y universidad viva*, México, El Colegio de México, 1993.
- Heller, Agnes y Ferenc Fehér, *Políticas de la posmodernidad*, Barcelona, Península, 1994.
- Hinkelammert, Franz, *Crítica a la razón utópica*, San José de Costa Rica, DEI, 1990.
- Ibáñez, Alfonso, *Para repensar nuestras utopías*, Lima, Sur, 1993.
- Jameson, Fredric, *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, Madrid, Visor, 1989.
- , “Utopía de la postmodernidad”, *Confines* (10. de abril 1995), pp. 23-29.

- Komblit, Ana Lía, *Culturas juveniles*, Buenos Aires, CBC, 1996.
- Laclau, Ernesto, "¿Necesitamos una nueva utopía?", *Radar*, suplemento del diario *Página 12*.
- Levi, G. y Schmitt, dirs., *Historia de los jóvenes*, Madrid, Taurus, 1996, 2 vols.
- Margulis, Mario, ed., *La juventud es más que una palabra*, Buenos Aires, Biblos, 1996.
- Molnar, Thomas, *El utopismo. La herejía perenne*, Buenos Aires, Eudeba, 1970.
- Morio, Simone y M. Yarrese Zoctizoum, *Dos estudios sobre el desempleo de los jóvenes instruidos*, París, UNESCO, 1979.
- Ochoa Campos, M., *La revolución de la juventud*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
- Polak, Fred, "Cambio y función persistente de la utopía", en B. Muniesa comp., *Sociología de la utopía*, Barcelona, Hacer, 1992.
- Prieto, Justo, *Sentido social de la cultura universitaria*, Buenos Aires, Plan-tié, 1942.
- Rezler, André, *Mitos políticos modernos*, México, FCE, 1984
- Roig, Arturo, "Realismo y utopía", en Clara Jalif, comp., *Anverso y reverso de América Latina*, Mendoza, Universidad de Cuyo, 1995, pp. 285-290.
- Rojo, Roberto, "Perfiles de la utopía", *Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires*, 29 (1995), pp. 157-163.
- Veiras, Nora, coord., "La universidad del tercer milenio", *Página 12* (suplemento especial, 9 de noviembre de 1996).
- Villegas López, Manuel, "La juventud y el espíritu de la catástrofe", *Cuadernos Americanos*, 25 (1966), pp. 81-91.
- Williams, Bernard, *Hacia el año 2000*, Barcelona, Crítica, 1984.
- Witte, Bernd, *Walter Benjamin*, Barcelona, Gedisa, 1990.